

Las dos educaciones

En todos los tonos y por todas las Iglesias y con la autorizada voz de todos los sacerdotes y Obispos, y mucho más con la infalible de los supremos Pontífices que gobiernan uno tras otro la cristiandad, manteniendo en la tierra el reino de Jesucristo, se proclamó que sólo éste es el camino, verdad y vida, fuera del cual no hay sino precipicios, mentira y muerte. No se les hace caso, y todo es columniarles y prevenir en contra de ellos, a las muchedumbres ignaras, descristianizándolas y empujándolas con todos los medios hacia los antros de perdición espiritual y material, de modo que se vean las iglesias desiertas y llenos los otros lugares de corrupción intelectual y moral.

Desgraciadamente el hombre *nace* con malos instintos y por eso necesitan ser corregidos desde la infancia por la asidua atención de los padres, que jamás pondrán bastante cuidado en depositar las semillas de las buenas costumbres y de las verdades cristianas en aquellos tiernos corazones. Esto lo enseña la naturaleza misma y lo confirma la experiencia de todos los siglos y lugares.

Nuestros sentimientos egoísticos que espontáneamente brotan en nuestras almas para satisfacer los más bajos deseos, sin mirar a nada ni a nadie, deben ser suprimidos para que no degeneren en siempre mayores males para la sociedad, para nuestros semejantes y para nosotros mismos en el tiempo y en la eternidad. Pues bien; esta represión tan necesaria, porque de ella depende nuestra felicidad en esta y en la otra vida no se consigue sin el espíritu de violencia y sacrificio cristianos. Uno de los más grandes reformadores y bienhechores verdaderos de la humanidad fué San Francisco de Asís; y éste para conseguir tamaño efecto, no tuvo otro remedio que acudir al Santo Evangelio, a las máximas de abnegación y propio vencimiento de aquel. Todos los otros que han querido seguir otros caminos y medios para alcanzar ese fin, no han hecho más que hacer retrasar a la humanidad hacia el estado salvaje, en que se predica y admite el desarrollo brutal de todos los instintos *naturales* del hombre sin ninguna traba, pero juntamente también con la mayor degradación para el ser racional.

Y efectos terribles de esta corrupción se encuentran aún en medio de los países civilizados que cometieron el horrendo crimen de descristianizar al pueblo con una cultura naturalista y educación laica. «La educación laica ha ahoga-

do en todas las clases sociales todo idealismo y toda idea de sacrificio, y desarrollado todos los apetitos hasta el desenfreno», escribió, no ha mucho, un notable escritor.

No es este el camino para formar hombres honrados y dignos del aprecio de Dios y de los otros hombres. Sin el espíritu cristiano y religioso la cultura sólo material, la misma abundancia del dinero, los goces y comodidades de la vida no lograrán sino bestializar más a los individuos, quitarles la paz de su corazón y esclavizarlos cada día más al yugo de sus pasiones indómitas.

Para que la humanidad sea dichosa o libre tiene que volver los ojos al Santo Evangelio, dirigirse hacia su fin verdadero que es el Dios eterno, que la crió, supremo legislador y Padre amantísimo.

Sea, pues, nuestro mayor empeño en hacer revivir el espíritu de educación cristiana y religiosa en nuestras almas, en nuestras familias, en nuestros pueblos, en toda nuestra sociedad.

D. V.

LA RECOLECCIÓN DE LAS LAGRIMAS

(DORING)

Veloz mensajero iba por el mundo, enviado del Monarca de lo espiritual, con encargo de recoger las lágrimas de cuantos lloraran y presentárselas para su examen y hallar medio de enjugarlas. Muchos los que lloraban eran en aquel imperio a pesar de ser el Soberano dulce y bueno, justo y compasivo, deseoso de hacer la felicidad de sus súbditos con las obras de su amor.

Fué el mensajero de una a otra parte, y no le era posible ir despacio, pues, a su paso vió que las lágrimas brotaban de un sinnúmero de ojos. Empezó la recolección con lágrimas ardientes de los afligidos, entre éstas distinguíanse las escapadas de un padre que acababa de llevar a la tumba la última alegría de su vida, su hijo único; pesadas y ardientes, ya que en ellas se había unido el inexplicable dolor del sin consuelo...

Y andando el mensajero encaminó sus pasos a reducida habitación, donde una madre con sus hijos permanecía en profunda miseria. Pausadamente corrían por el demacrado rostro de la madre trazando un surco de rojo encendido